

Dejamos nuestras bicicletas junto a la pequeña verja y entramos en el antiguo patio de la iglesia. Heriot me había dicho que francamente no quería venir; pero en el último momento, prevaleciendo en él algún sentimiento, o solo la curiosidad, había cambiado de opinión. Sabía indefinidamente que había algo desagradable en las asociaciones del lugar, aunque siempre se había referido con cariño al familiar con el que se había quedado aquí de niño. Quizás ella yacía debajo de una de estas losas verdes.

Caminamos alrededor de la iglesia, con su aguja achaparrada y sus tejas. Era absolutamente pacífico, aquí, en la cima de la pequeña ciudad donde comenzaban los campos florecientes. Los huesos de la colina eran huesos de muertos, y su carne era hierba. De repente, Heriot me detuvo. Nos encontrábamos entonces al noroeste del presbiterio y una penumbra de árboles inmóviles nos cubría con su sombra.

—Me gustaría que vayas hasta allí un momento —dijo—, y regreses y me digas qué viste.

Señalaba hacia una pequeña bahía formada por un muro bajo, cuyo suelo verde estaba oculto a nuestra vista por las ramas gruesas y un par de tumbas interpuestas, enormes, en forma de cofre y encerradas entre rieles. Su voz sonaba extraña; había una mirada «hundida» en sus ojos, para usar la frase de un jugador. Lo miré un momento, seguí la dirección de su mano; luego, sin decir palabra, me agaché bajo las densas ramas, di un largo rodeo al terreno y llegué a una tumba solitaria.

Yacía allí, completamente sola en la bahía escondida, algo extraño, fantástico y espantoso. No había lápida, solo una losa de mármol biselado, sin nombre ni epitafio, encerraba un espacio de grava del que sobresalían dos manos. Eran de mármol blanco, ligeramente salpicado de verde, y transmitían en ese lugar silencioso y solitario una sensación de realidad sumamente curiosa, como si realmente hubieran salido, mortal y seductor, de la tumba de abajo.

La impresión creció en mí mientras miraba, hasta que pude haber pensado que se movían sigilosamente, conscientemente, revolviéndose en el suelo como para saludarme. Era absurdo, pero... me volví y regresé apresuradamente a Heriot.

—Todo bien. Veo que todavía están allí —dijo; y eso fue todo.

Sin una palabra más abandonamos el lugar y continuamos nuestro camino.

A millas del lugar, tendido en un lado soleado, con cientos de ovejas a nuestro alrededor cortando la hierba caliente, me contó la historia:

—Ella y su esposo vivían en la ciudad en el momento de mi primera visita, cuando yo tenía siete años. Eran conocidos por la tía Caddy, a quien no le agradaba la mujer. A mí no me desagradaba en absoluto, porque, cuando nos conocimos, me convirtió en un favorito. Ella era una cosita bonita, frívola y superficial; pero de verdad, lo sé ahora, con un lado abominable.

»Ella era excesivamente vanidosa de sus manos; y de hecho eran las cosas más hermosas, más suaves y modeladas que las de un niño. Solía hacerlas fotografiar, en cincuenta posiciones diferentes; y una vez fueron exquisitamente hechas en mármol por un escultor, un amigo suyo. Sí, esas fueron las manos de mármol que viste. Pero eran manos crueles, a pesar de toda su belleza. Había algo perverso e inmundo en la forma en que las miraba.

»Murió mientras yo estaba allí, y fue conmemorada por su propio deseo explícito de la manera que viste. Las manos de mármol serían su único epitafio, más elocuentes que las letras. Deben preservar su nombre y la tradición de su rasgo más exquisito hasta épocas más remotas de las que podría alcanzar cualquier inscripción desmoronada.

»Y así se hizo.

»Esa fantasía no era popular entre los feligreses, pero no me dio ningún escrúpulo infantil. Las manos estaban modeladas de manera realmente hermosa, y las originales me habían acariciado a menudo.

»Nunca tuve miedo de ir a mirarlas, brotando como apio blanco del suelo.

»Me fui y dos años después estaba visitando a tía Caddy por segunda vez. En el transcurso de la conversación me enteré de que el marido de la mujer se había vuelto a casar —una señora perteneciente al lugar— y que las manos habían sido retiradas poco tiempo atrás. La nueva esposa se había opuesto a ellas —por alguna razón quizás no difícil de entender— y habían sido desarraigadas por orden del marido.

»Creo que lo sentí un poco, las manos siempre me habían parecido algo personal, y, en la primera ocasión que se me ofreció, me escabullí solo para ver cómo se veía la tumba sin ellas. Recuerdo que era un día cerrado y deprimente, y el cementerio estaba muy silencioso. Inmediatamente, agachándome bajo las ramas, vi el lugar. Comprendí que la tía Caddy había hablado prematuramente. Las manos no se habían retirado, sino que estaban en su antiguo lugar y actitud, luciendo como si estuvieran extendidas para darme la bienvenida. Me alegré; y corrí, me arrodillé y bajé mis propias manos para

tocarlas. Eran suaves y frías como carne muerta, y se cerraban acariciando las mías, como invitándome a tirar, a tirar.

»No sé qué pasó después.

»Quizás había estado enfermo todo el tiempo por la fiebre que se apoderó de mí. Hubo un período de horror y vacío, de mucosidades arrastrándose, llenas de gusanos y huesos agitados, y luego, por fin, la bendita luz del día.

Heriot se detuvo y se sentó a arrancar el pasto fresco.

—Nunca supe —dijo de repente— qué otras experiencias se sincronizaron con la mía. Pero el lugar de alguna manera ganó una reputación asombrosa, y las manos de mármol fueron retiradas. La imaginación, sin duda, puede jugarte una mala pasada.